

su Evangelio. Estos grandes testimonios son los que anuncia el Señor á sus discípulos en este discurso, si bien haciéndoles saber que los judíos resistirían aun á estos testimonios, y se obstinarían en su incredulidad y en la persecucion con que intentarían impedir el establecimiento de la iglesia. *Os hecharán fuera de las sinagogas, les dice; y vendrá tiempo en que cualquiera que os hiciere perecer, se imagine que hace un servicio á Dios.* Tal habia de ser, y fué en efecto la ceguedad de los judíos: la resistencia que hicieron á la luz de la fé, los privó del conocimiento de Dios. *“No conocen á mi Padre, ni me conocen á mí, dice el Salvador, y por eso obran así con vosotros.”* “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, dijo en otra parte el Señor; ni al Padre le conoce alguno mas que el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo.” Plugó á Jesucristo darse á conocer á los judíos y predicarles á su Padre celestial, ¿pues cómo dice aquí que no le conocieron, ni conocieron á su Padre? Porque la noticia ó conocimiento especulativo de Dios nada vale mientras no se tenga el que da la verdadera fé, y que debe llamarse práctico, porque la fé viva y vivificadora es aquella que obra por la caridad. Aun considerada sola la fé, dista mucho de la simple nocion ó conocimiento, porque la fé trae ascenso y creencia, y creencia firme é inviolable, y para la salvacion trae tambien confesion; así es que es incompatible con la resistencia; pero el simple conocimiento puede tenerse y resistirse, como lo hacian los judíos, que teniendo en las Escrituras santas, y en las obras de Cristo, mucho y muy sobrado para conocerlo, no lo conocian porque hacian resistencia á este conocimiento y no creian en él. Los apóstoles y discípulos creian en Cristo y lo confesaban por su Dios Salvador; y éstos si lo conocian y conocian á su Padre celestial; pues por el ascenso que prestaron á Cristo, surtió en ellos todo su efecto la revelacion. Así es que el gran testimonio que dió el Espíritu Santo de la divinidad de Jesucristo, descendiendo sobre sus discípulos, obró en éstos y en los judíos contrarios efectos: los judíos, resistiendo á esta nueva prueba, se endurecieron mas en su pecado y se obcecaron hasta el extremo de emprender la persecu-

cion de la Iglesia; mas los apóstoles y discípulos, recibiendo al Espíritu Santo con viva fé y piedad filial, se llenaron de santidad y sabiduría divina, se hicieron fuertes, invencibles, y quedaron aptos y capaces para soportar sin doblegarse todo el fuego de la persecucion; dando en su fortaleza y generosidad con que vertieron su sangre y dieron sus vidas por Jesucristo, otro testimonio mas de su divinidad. Este otro testimonio les anuncia tambien Jesucristo en este evangelio, y se los predice anticipadamente para que cuando llegase el tiempo de su verificacion, se acordasen que se los habia profetizado y se confirmarían mas y mas en la fé, al ver que todo estaba preordenado en los decretos eternos; y que no se escandalizasen, esto es, que no decayesen su fé y su confianza al verse perseguidos de muerte por sus enemigos; pues aunque ellos muriesen, y muriesen muchos miles y millones de mártires, la Iglesia jamas seria destruida, sino antes bien cobraria nuevas cruces y nuevo aliento en la persecucion.



FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

Celebra nuestra Iglesia en esta dominica la fiesta del sagrado corazon de María, cuya concesion debemos á la santidad del Sr. Pio VIII; y á la verdad que no podemos dudar ser esta una de aquellas solemnidades que Dios ordena en socorro de la devocion y aliento de los fieles, para sostener á su Iglesia contra los embates de la impiedad. Bien se necesitaba en tiempos tan calamitosos como los presentes la institucion de una fiesta, que cediendo en culto especial del corazon santísimo de nuestra Madre la Virgen María, despertara en nuestros corazones el amor y la devocion á la Señora, y nos atrajera sus bendiciones y sus maternales solitudes. El espíritu del mundo, que hoy mas que nunca se ha apoderado de los hombres en todos los paises, la impiedad, la indiferencia en materia de

religion, y el filosofismo, mas desenfrenado acaso, y mas erróneo que el que dominó al mundo en la gentilidad, de tal modo han estragado los corazones de los hombres, que sin un auxilio poderosísimo del cielo, no puede dudarse que casi en su totalidad serian arrebatados del torrente de escándalo y seducción universal. En tal situacion ¿cómo podremos desconocer que la reciente institucion de esta y otras festividades de María Santísima sean benéficas disposiciones de la Providencia divina para sostener la causa de Dios y de los justos contra las maquinaciones y avances de los impíos? A la manera que un diestro y denodado general hace avanzar al frente del combate los cuerpos de reserva para restablecer la pelea, nos envia el Señor en estas solemnidades poderosos refuerzos que, comunicándonos la virtud de lo alto, sostienen nuestro valor y fortaleza, y hacen retroceder á nuestros adversarios. ¿Y cuál entre todas será mas á propósito para producir este efecto benéfico que la festividad del corazon de María? Es esta Virgen pura quien quebrantó la cerviz de la antigua serpiente; es quien en todo el mundo ha dado muerte á todas las heregías; es, por consiguiente, quien como fuerte Adalid debe socorrernos contra el filosofismo y la impiedad.

Si para esta empresa se necesita un corazon fuerte y generoso, que ni tema los peligros, ni ponga coto á los sacrificios, nada mas conforme á la razon que poner los ojos en el sagrado corazon de María, porque asistidos de él, seremos invencibles. Este es aquel corazon que se mantuvo firme en medio de la mas terrible persecucion; aquel corazon que no rehusó el sacrificio mismo del Hijo sobremanera amado; aquel corazon que supo dilatar su caridad hasta el extremo de adoptar por hijos á sus perseguidores. Tanta es, en efecto, la grandeza del corazon de María, y tales debian ser sus virtudes para que fuese correspondiente á la Madre de Dios. Despues del sacratisimo corazon de Jesus, que es el corazon del Hombre Dios impecable y santo por naturaleza, no puede concebirse corazon mas santo y mas lleno de virtudes y excelencias que el corazon de María. Contémplese en buena hora el corazon de un David

hecho á la medida del corazon de Dios, en espresion de la Escritura: hágase reflexion á la inocencia de un Abel, á la piedad de un Enoc, á la docilidad de un Noé, á la fidelidad de un Abraham, á la obediencia de un Isaac, á la devocion de un Jacob, á la sinceridad de un Moisés: véanse igualmente la prudencia de Abigail, el valor de Judit, la firmeza de Esther: regístrense, por último, en los corazones de los apóstoles la caridad y el desprendimiento, en los de los mártires la fortaleza y la constancia; en los de los confesores la sabiduría y la generosidad; en los de las vírgenes la castidad y la pureza, el pudor y el recato, y en los de todos los santos de la antigua y de la nueva alianza las virtudes todas que los han hecho la espectacion de los pueblos y el objeto de las complacencias de Dios, cierto es, é indudable, que ni cada uno en particular, ni todos juntos igualan la excelencia, la santidad y las virtudes del corazon de María.

No es exageracion, sino una verdad cierta y notoria, que este sacratisimo corazon sobrepuja en santidad y pureza, no solo á los santos todos de la tierra, sino á los ángeles todos del empíreo. Despues del corazon de Jesus, no hay en el cielo ni en la tierra cosa mas santa, mas grande, mas sublime que el corazon de María. Como ella estaba destinada por el Omnipotente para verdadera Madre de Dios verdadero, se le dotó por el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo, de una santificacion tan extraordinaria y portentosa, que no pudiese concebirse ni darse igual entre las puras criaturas. Llenósele de gracia santificante; mas no como quiera, no como la han recibido los mas grandes y elevados santos de Dios, sino con una plenitud absoluta, con la que fuese llena en cuantas maneras y grados podia darse: llena en sí misma con una plenitud de suficiencia, en que fuese absorta toda su alma, todo su corazon, toda su persona: llena ademas con una plenitud de superabundancia, con que tuviese gracia, no solo para sí, sino para comunicarnos á nosotros sus hijos muy amados; llena, por último, con una plenitud de sobre-excedencia con que tuviese tanta gracia que sobrepujase en mucho á cuan-

ta han recibido todos los santos ángeles y bienaventurados en el cielo y en la tierra. ¿Qué mas? Toda la plenitud de la gracia habitual santificante que vino á Cristo, vino á María, aunque de otro modo, dice San Gerónimo. ¿Podrá, pues, concebirse corazon mas santo, mas lleno de virtud y de excelencias, mas sublime, mas soberano que el corazon de María?

Sabido es que en la gracia está la raiz de todas las virtudes; que ella es el principio del bien obrar; que ella da el mérito á nuestras obras: ¿pues cuáles deberemos contemplar que sean las virtudes de María cuando tienen por principio radical una plenitud absoluta de gracia apoderada de toda su alma santísima? ¿cuál la robustez de estas virtudes que se alimentan y nutren de tan inmensa gracia? ¿cuál la estension de estos árboles místicos que avanzan sus inmensas ramas á los mas grandiosos objetos, y que en sus actos y obras, las mas grandes y heroicas, producen frutos abundantísimos de todas las virtudes, los mas sazonados, los mas ricos y deliciosos? Pues si somos capaces de concebirlo, contemplemos cuál será la redundancia de toda esta inmensa santificacion sobre el corazon de María! ¡Ah! que este es un corazon adherido, íntimamente unido, penetrado todo, y como identificado con este abismo de santificacion.

El principio del bien sentir no debe ser otro, ni menos, que el principio del bien obrar. Pues si el principio del bien obrar es en María nada menos que esa asombrosa plenitud de gracia de que ha sido dotada, ¿cuál será el bien sentir de su nobilísimo corazon, que en sus virtudes y afectos excelentísimos tiene por base y principio esa misma inmensidad de gracia santificante? ¡Oh! que esto es inconcebible! Solo Dios puede saber y comprender la riqueza inestimable, los tesoros inagotables de gracia y dones sobrenaturales, que como en un preciosísimo mineral ha depositado en el sacratísimo corazon de María.

Esta inestimable riqueza, que es al mismo tiempo la nobleza, decoro y hermosura de una alma, hace al sacratísimo corazon de María de un mérito inconcebible, desconocido á la inteligencia del hombre, y solo conocido de aquel Dios in-

finito que todo lo comprende. Hay mas. La alteza incomprendible de este mérito se dió ya en María aun desde su concepcion immaculada; ¿cuál seria su incremento en toda la série de su vida, empleada toda en ejercicio activísimo y siempre heroico de todas las virtudes? Llena de gracia estuvo desde el primer instante de su ser; mas esta gracia no estuvo en ella ociosa; con ella trabajaba sin cesar, y así como crecia en santidad y virtud, en gracia y caridad, así abundaba en frutos, y crecia en merecimientos delante de Dios. ¡Ah! que él solo, él solo, como inteligencia suma, puede comprender la alteza, la profundidad, la estension toda de aquella alma admirable, de aquel corazon deificado, de aquel amor de caridad divina en que estaban absortos y como transformados el corazon y la alma de María!

¡Qué mucho, pues, que una gracia de tan alta potencia la hiciese ejecutar las obras de virtud mas portentosas, y que enseñoreada de ella la hiciese obrar en todo santamente; mas con tal santidad que el bienobrar se hiciese en María como una naturaleza. Cierto es que solo Cristo es impecable y santo por naturaleza; mas por plenitud de gracia y por privilegio cedió en María tal perfeccion de santidad y virtud, que de hecho no pecó ni aun venialmente, ni tuvo la mas mínima imperfeccion; y no solo esto, sino que el bien obrar en sumo grado le fué connatural, aunque este sumo grado es el que puede darse en pura criatura. ¡Santidad admirable y de todo punto portentosa, y propia únicamente de la Virgen Madre de Dios! Efecto es propio de la justificacion de los santos esta connaturalidad del bien obrar por la gracia y los dones del Espíritu Santo; pero en los santos se dá por partes, esto es, hasta cierto grado, dice San Gerónimo, y en la Virgen Maria, Madre de Dios, se dió en cuanta plenitud y perfeccion puede haber en pura criatura. Así es que la santidad y perfeccion de su sacratísimo corazon puede considerarse como inmensa, como infinita, y solo inferior á la del Hombre Dios, su Hijo natural muy amado.

Ahora comprenderemos con cuanta razon se nos da por regla para conocer y preconizar las grandezas de María, que so-

lo lo que es propio de Dios y de la sacrosanta humanidad de Cristo, no puede decirse de María; y también conoceremos con cuanta razón dijo San Dionisio Areopagita hablando de María, que al verla la hubiera tenido por Dios, si el mismo Dios no le hubiera enseñado que María no era Dios, sino Madre de Dios.

Tal es la Virgen Soberana y tal su excelentísimo corazón, cuyas glorias celebra la iglesia en esta festividad. Tiernos y devotos deben ser en ella los afectos de nuestros corazones: celebramos al corazón amorosísimo de nuestra dulce Madre, dedicado siempre en la tierra y en el cielo á hacernos bien, á promover nuestra felicidad; todo nuestro amor debe ser la correspondencia de sus finezas. Celebramos el corazón misericordiosísimo de la Madre de los pecadores; la confianza mas consoladora, y los sentimientos mas vivos de dolor y arrepentimiento, deben responder á la solicitud maternal con que nos llama á penitencia, y nos alcanza el perdón de nuestras culpas. Celebramos el corazón purísimo de la Virgen concebida en gracia y adornada de todas las virtudes; la pureza y limpieza de nuestras almas, y la imitación de sus virtudes deben ver el efecto de su ejemplo y de su dulce atractivo. Celebramos el corazón admirable de la Madre de Dios; la adoración y el culto mas reverente deben ser la protestación de nuestra fé y de nuestra piedad, de nuestra religion y acatamiento.

Celebrémoslo, pues, lleno de gozo y de alegría; purifiquemos nuestras almas en las aguas de la penitencia: comulguemos devotamente: asistamos á los divinos oficios; abstengámonos de conversaciones y diversiones profanas, y empleemos todo el día en obras de piedad, en ejercicios devotos, en alabanzas del corazón amantísimo de María.

El oficio y la Misa de esta solemnidad son los mismos de la fiesta del Patrocinio de nuestra Señora, por concesion de nuestro Santísimo Padre el Señor Pío VIII, de 22 de Julio de 1830

La epistola es del capítulo IV de la primera del apóstol San Pedro.

Carísimos: Sed prudentes, y velad en oraciones. Pero sobre todo mantened constante la mutua caridad entre vosotros; porque la caridad cubre muchedumbre de pecados. Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuracion. Comuniqué cada cual al prójimo la gracia segun que la recibió, como buenos dispensadores de los dones de Dios, los cuales son de muchas maneras. El que habla, hágalo de modo que parezca que habla Dios por su boca: quien tiene ministerio, ejercítelo como una virtud que Dios le ha comunicado á fin de que en todo cuanto hagais sea Dios glorificado por Jesucristo nuestro Señor.

El evangelio es de los capítulos XV y XVI de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que precede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros dareis testimonio, puesto que desde el principio estais en mi compañía. Estas cosas os las he dicho para que no os escandaliceis. Os echarán de las sinagogas; y aun va á venir tiempo en que quien os matare, se persuada hacer un obsequio á Dios. Y os tratarán de esta suerte, porque no conocen al Padre ni á mí. Pero yo os he advertido estas cosas, con el fin de que cuando llegue la hora, os acordeis de que ya os las habia anunciado.

MEDITACION.

De las contradicciones y pruebas á que están espuestas las gentes de bien.

Considera que es menester estar en que no puede dejar de cumplirse esta palabra de Jesucristo: "Discípulos míos, á vo-

sotros se os maltratará, y aun se imaginará que en maltrataros se hace un gran servicio á Dios." Aunque esta verdad se verifica todos los dias, con todo, no deja de sorprender. Que el desórden y la disolucion exciten la indignacion y la persecucion contra los libertinos; que una devocion hipócrita remueva todos los espíritus é inflame la bilis de todo el mundo, nada mas justo. Los impíos y los hipócritas son objeto del odio de Dios y de la aversion de los hombres de bien; pero inquietarse tambien contra la verdadera piedad, y hacer que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en el mismo centro del cristianismo, son unos hechos que no se creerian si no se espermentaran. Sin embargo, nada es mas comun, nada mas ordinario. Parece que desde el punto que se hace profesion de piedad, desde que se declara uno por la devocion, desde que es fiel siervo de Dios, es el blanco de la malignidad del corazon humano, de las bufonadas de los indevotos, hasta de la envidia de los menos desreglados, de la persecucion de los mundanos y muchas veces tambien de la calumnia. Se exageran los mas leves defectos, se echan á mala parte las mejores acciones, se les acusa de soberbia y de singularidad, desde que se ve que son mas regulares, mas contenidos, mas virtuosos que los otros. ¿Eres fervoroso observante de la ley? ¿tienes un fondo sólido de piedad? ¿te has declarado por verdadero siervo de Dios? pues tú espermentarás todo el encono y persecucion de los malos.

Considera que si las persecuciones son amargas, el fruto que se saca de ellas es muy dulce. Son un fuego que purifica, y que consumiendo todo lo que se tiene de menos puro, lo hace mas brillante. A la verdad cuesta trabajo el vencer en ciertas ocasiones, y callar. Cien razones, todas las mas especiosas, vienen al socorro del amor propio, y la viveza de nuestro espíritu nos fatiga mas que la malicia del espíritu ageno. Es verdad que muchas veces la moderacion de las personas virtuosas hace á los libertinos mas osados para criticar y morder. Esas almas afeminadas abusan de la mansedumbre y paciencia de las personas virtuosas, para satisfacer los deseos de sus

malos corazones: se ve fácilmente que una respuesta viva con un poco de sal y de fuego, libraria para siempre de la persecucion: una palabra que se pudiera decir, aterraria y llenaria de confusion á esas almas imperfectas; pero un devoto sabe que punsando á su contrario, cuando menos empañaria su virtud. Hasta el silencio parece ser nocivo á la virtud, pues la deja por presa de la maledicencia. Todas estas razones son plausibles; sin embargo, Dios quiere que se haga el sacrificio. Cuesta bastante el callar; y no es una pequeña victoria mantenerse en silencio contra todas estas razones; pero insta mas el vencimiento propio para avanzar en la virtud y crecer en el agrado de Dios; y esto es lo único que interesa á una persona verdaderamente virtuosa.

PETICION Y PROPOSITOS.

Es incompatible el amor propio con el amor á Dios. Si nos amamos á nosotros desordenadamente, no amamos á Dios; y si queremos amar á Dios como es debido, es de necesidad que nos aborrezcamos á nosotros, esto es, que nos neguemos y contradigamos nuestras pasiones y apetitos, y que muchas veces renunciemos aun á nuestros derechos y acciones las mas justas; pues si en vindicarnos no hay desórden respecto de la justicia misma, si lo hay respecto de nuestra propia flaqueza y de nuestro amor propio, que cobrando fuerzas con la satisfaccion, nos hace perder el mérito y progreso en la virtud. Arreglemos á estos principios nuestra conducta, y seremos felices.

JACULATORIA.

Todo lo miro como estiércol, por ganar á Cristo.

LECCION.

Sobre las contradicciones que sufre el verdadero cristiano.

Aunque el cumplimiento de los preceptos del Decálogo es posible á todos, en todo tiempo y en todo lugar; aunque el

Evangelio del Crucificado es una regla natural y absolutamente indispensable para vivir bien, para todas las condiciones y para todos los climas; con todo, el espíritu del siglo y de contradicción ha procurado siempre adulterar sus máximas, y ha hecho que pasen los que las guardan por sugetos verdaderamente singulares y extraños. De aquí nacen aquellas befas y burlas con que incesantemente se ridiculiza la devoción; de aquí provienen aquellas invectivas contra los devotos; se les acumulan todos los vicios que es capaz de inventar la malicia, no se les puede ver, tolerar ni sufrir; por eso dijo Jesucristo á sus discípulos: *hora vendrá en que todo aquel que os dé muerte, crea prestar obsequio á Dios.* Se dice que es preciso ocultarse de todos, si no se imitan los usos comunes de la vida pública; se asegura que solo el hombre orgulloso quiere singularizarse y que para ser admirado de todos procura no parecerse á ninguno: en fin, dicen, vivir de otro modo de como vive el mundo, es renunciar de la sociedad, es formarse mal concepto de todos y estimarse mas á sí mismo que á los otros.

Para satisfacer á semejantes censuras, tan contrarias á la razon y ajenas de la verdad, es preciso tener presente que Jesucristo no vino al mundo á traer la paz, sino al contrario, vino á traer la espada para separar al padre del hijo y aun el ojo mismo del cuerpo. Si tu ojo te escandaliza, dice el Señor, arráncale y arrojale lejos de tí: así es que nadie puede salvarse, si no rompe con la amistad y con todo lo mas amable que tenga en el mundo, que le sea obstáculo para servir á Dios. Aquel está ya condenado, que pospone la gracia á la naturaleza corrompida, la conciencia á las amistades, y la religion á cualquiera otro deber. Debemos guardarnos de los hombres; amarlos como si fueran ángeles; pero huir de ellos como si fueran demonios. No hay que imitar al mayor número de los cristianos, porque este es el de los necios y relajados que por lo comun mueren como han vivido, es decir, mal; cualquiera que siga su ejemplo, seguirá tambien su destino. Jesucristo, nuestro verdadero Maestro, nos manda huir del mundo y de sus máximas; toda nuestra desgracia proviene de que nos mez-

clamos indistintamente con toda clase de personas; identifiquemos nuestras costumbres con las del siglo, en vez de apartarnos del mundo y arreglarnos á la ley eterna; en vez de reparar cada dia las obligaciones que contrajimos en el bautismo, estudiar sus cláusulas y cumplir sus compromisos, nos perdemos en la muchedumbre del siglo y nos dejamos llevar de su torrente impetuoso. Todos se adhieren á sus sociedades, todos siguen sus modas, todos se conforman con sus usos: cada uno derrama su veneno y toma algo del de los otros: uno enseña sus desórdenes á la par que aprende los de los demas: en la escuela de la perdicion cada pecador á la vez es maestro, á la vez discípulo. Nunca nos tenemos por amigos si no somos cómplices; por no tener la vergüenza de pecar solos, cuando no hallamos iguales, buscamos imitadores. La vida toda parece la tenemos solo destinada para un comercio usurario de miserias y pecados, ya prestamos, ya pedimos prestadas delincuentes concupiscencias: se aprenden las imperfecciones del vecino, se refinan las del amigo, y se aumentan las del allegado.

De todo lo dicho se infiere que el verdadero cristiano se debe separar de todo aquello que le aparte de las máximas del Evangelio. No ha sido criado para ir tras de los juegos del siglo, ni para abrazar sus usos, ni practicar sus costumbres; sino para justificarse con la penitencia, fortalecerse con el retiro y perfeccionarse con la oracion. Jesucristo dice que no dará su reino celestial sino á los que padezcan y lloren. Es verdad que no todos son llamados para vivir en los profundos desiertos; que para muchos la vida mas recoleta seria la mas funesta; que esta vida es una red donde hay peces buenos y malos, un monte de paja y de grano, un rebaño de corderos y de cabritos; pero tambien es cierto que cada uno debe librarse de la malicia generalmente diseminada, y sin ofender á la caridad, defender vigorosamente los derechos de la verdad. La diferencia de costumbres en el comercio del mundo, el diverso modo de obrar en el ejercicio de un mismo empleo, es lo que caracteriza al verdadero cristiano; éste consagra su trabajo á

Dios por el sacrificio que hace de él; mas su compañero profana este mismo trabajo no encaminándole como debe. Desengañémonos, no se conserva la salud del alma sino apartándose del contagio de los pecadores.

No pretendemos con esto decir que tenemos obligacion de no habitar con los corrompidos y malos, cuando vínculos muy estrechos como los de hijos ó esposos nos unen con ellos; pero en este y semejantes casos es preciso procurar traerlos al camino con discursos y ejemplos de piedad, y sobre todo, con abominar lo que ellos adoran. Dios, que siempre ha conocido á los suyos, sabrá premiar y castigar á quienes corresponda. El verdadero cristiano, sin romper con la Iglesia de Dios, sabe huir de todos los vicios que se cometen en ella contra Dios: sabe sufrir á los malos y no parecerse á ellos; los trata, mas no los imita: tiene los mismos deberes, mas no ejecuta las mismas obras; contrae unas mismas obligaciones, mas no las cumple de la manera que la mayor parte trata de cumplirlas: de este modo no se contagia del mal que á tantos precipita en la muerte mas temible; se une á los malos como hombres, y se separa de ellos como iníquos. Es verdad que por semejante proceder el mundo se burla de él, ¿pero qué le importa? Sabe que no puede agradar á Dios agradando al mundo; que es imposible practicar las máximas del Evangelio y las del mundo: en fin, ninguno puede ser verdadero cristiano viviendo como vive el mundo. No hay duda que es una singularidad y estrañeza hablar un lenguaje en todo diverso del de los demas hombres; con todo, nada hay mas cierto que el que la religion nos prohíbe todo juramento, toda mentira, toda jactancia, toda palabra inútil y todo lo que mas agrade al mundo.

En fin, para mas convencernos de esta verdad, reflexionemos que no hay santo alguno que no haya pasado por hombre ridículo y extravagante en el concepto de los mundanos. Léanse sus vidas y se verán las contradicciones que tuvieron que sufrir. Los unos se separaban de ellos como de personas ridículas, y no querían tratarlos; los otros les reprendían como delito lo que era virtud, y trabajaban para desviarlos de una

vida tan mortificada y austera. El número de los verdaderos cristianos se aumentaria, y el de los impíos se disminuiría, si no hubiese el estorbo del respeto humano; pero se tiene por afrenta y sonrojo el no vivir como los demas, y se aprecia mucho mas el parecer del libertino que el del devoto. Con todo, nadie se salvará que no suspire por el cielo y desprecie los bienes de la tierra. Toda la vida sensual y cómoda no es la de Dios: es preciso tomar de la virtud, morir con Jesucristo y resucitar con él para subir á sus mansiones eternas.



MIERCOLES ANTERIOR AL DOMINGO DE PENTECOSTES.

FESTIVIDAD

DE LA

MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

La presente festividad, no menos misteriosa por su título, que portentosa por sus circunstancias, tuvo su origen en Sicilia en el siglo pasado, y su historia es como sigue. El padre Juan Antonio Genovesi, varon ejemplarísimo de la Compañía de Jesus, que despues de haberse ocupado muchos años en el santo ejercicio de la predicacion, con sumo fruto de las almas, murió víctima de la caridad, en Mesina de Sicilia en 1743, asistiendo heroicamente á los contagiados de una desoladora epidemia, hallándose en Palermo en el año de 1722, disponiéndose á las primeras misiones, que despues practicó lo restante de su vida con mucha gloria de Dios, resolvió elegir por patrona de sus apostólicas tareas á la Madre de Dios, sabiendo muy bien que, como dice San Bernardo: "El señor quiso que todo lo adquiriésemos por María."

Al efecto proyectó llevar consigo, y exponer á la veneracion pública en los lugares en que misionase, una imagen de la